

felicidad; los fumaderos de opio de Barranquilla y el mafioso chino que los administraba. Del baúl salen las fundas para cubrir las patas desnudas de los pianos que parecen ser de una sexualidad escandalosa, y surgen además Pepito Grillo (un evidente anacronismo), trucos para depilarse, un manual de *La costeña elegante* de Conchita Cotes y los primeros embarques de coca hacia Inglaterra.



No es gratuito que este autor sarmario también ventile el tema de las drogas. Sabemos que la institutriz de las muchachas había luchado ya contra sus dependencias en Europa; y *Mr. Cow* no podía vivir sin sus sustancias, así que cuando llega a América pretende también vivir de ellas. *Mr. Cow* anota en sus libretas:

Uno de los fuertes de nuestro negocio, titulado La Nevada (pues decidí ser socio y puse en el negocio casi todos mis ahorros) es la cantidad de hojas de coca que se vende a una farmaceuta. Al parecer este fabrica la cocaína para el consumo local. Hasta ahora la droga se emplea como un medicamento más, pero por los lados del barrio chino, que se está formando, la consumen las rameras y los malandrines. El consumo crece, pues leí estos días en *El Rigoletto*, el diario principal de la ciudad, cómo se alertaba a los padres de la juventud dorada sobre los peligros de ese hábito. [pág. 43]

En esta información y en muchas otras nos muestra Bacca el palimpsesto de la historia patria, las mismas cosas repetidas en el tiempo, escritas

siempre sobre los mismos pergaminos. Los datos sobre los gérmenes del naciente tráfico de coca son evidentemente relevantes.

Hay así en las casi doscientas páginas del libro una profusión de información circunstancial. Los hitos de la trama pasan a ser entonces un perchero. El novelista no escatima prolizas descripciones y listados:

En el sitio, discretamente iluminado por una lámpara, había muchos libros en todos los lugares y rincones: sobre estantes, sillas, sillones, mesitas esquineras, equipales, baúles decorados, también montones de discos, e infinidad de adornos, ídolos, artesanías de barro y madera, dioses mayas, aztecas, zapotecas, diablos pingones medievales, budas beatíficos, “batiks” representando aventuras del dios Rama, una cabeza de Nefertiti y una reproducción de la barca de Osiris. [pág. 175]

De este modo, al embarcarse el lector en *La mujer barbuda*, un centenar de quiebravistas y de estímulos que salen del baúl lo acompañan—o lo distraen— en su camino hasta descubrir por fin qué sucedió, y quién o qué es en realidad lo que naufraga.

Ignacio Zuleta Lleras

## Nuevas voces en la literatura infantil colombiana

### *La muda*

FRANCISCO MONTAÑA IBÁÑEZ  
Daniel Rabanal (ilus.)  
Sudamericana, Bogotá, Colección  
La biblioteca, 2010, 104 págs., il.

### *A la una la laguna*

JAIRO OJEDA  
Cynthia Bustillos (ilus.)  
Sudamericana, Bogotá, Colección  
La biblioteca, 2010, 56 págs., il.

LA LITERATURA infantil colombiana, a partir del 2000, ha tenido un visible crecimiento que se materializa en nuevas colecciones, autores, ilustradores, programas de animación lectora

y premios<sup>1</sup>. El entusiasmo se atenúa cuando descubrimos que en medio de la cantidad, la calidad no se corresponde. Este fenómeno se evidencia con el ascenso del llamado “mercado de prescripción” (la venta de literatura infantil en los colegios) que refleja, sin duda alguna, el interés porque los niños y jóvenes lean más en el ámbito escolar. Sin embargo, este cambio se está dando en un marco poco crítico, fruto de la presión de las editoriales y las limitaciones de los mediadores principales (los docentes) para distinguir entre libros de gran calidad estética y refritos con mucha mercadotecnia y contenido nulo.

En 2010 apareció, publicada por Sudamericana, sello perteneciente a Random House Mondadori, una muy interesante colección de literatura infantil y juvenil compuesta por autores e ilustradores colombianos<sup>2</sup>, de la que queremos destacar dos títulos: *La muda*, novela de Francisco Montaña y *A la una la laguna*, una selección de poemas del reconocido compositor y cantautor caucano Jairo Ojeda.



Francisco Montaña Ibáñez (Bogotá, 1966), escritor, cineasta y guionista de televisión, forma parte del último grupo de narradores de literatura infantil y juvenil que, usando

1. Luis Bernardo Yepes Osorio, “Los escritores colombianos de LIJ colombiana de los ochenta y los noventa hoy”, en *Nuevas hojas de lectura*, núm. 20, 2009, Bogotá, Fundalectura, pág. 9. También Carlos Sánchez Lozano, “Actividad editorial en Colombia: imágenes y perspectivas”, en *Anuario sobre el libro infantil y juvenil 2009*, Madrid, Fundación SM, 2010, 146 págs.

2. La colección estuvo bajo la dirección de la editora María Fernanda Paz-Castillo.

la denominación de Ángel Rama, pertenece a la “generación crítica”, esto es, la que ha logrado decantar los aportes de la tradición (Jairo Aníbal Niño, Celso Román, Julia Mercedes Castilla) y experimenta con nuevas formas narrativas. Autor de siete libros, Montaña alcanzó reconocimiento y una mención en la lista White Ravens 2010<sup>3</sup>, con una novela impactante: *No comas renacuajos* (Babel Libros, 2008). La historia de un grupo de hermanos que se enfrenta a salir adelante sin apoyo de los adultos y a buscar el pan de cada día, ya hablaba de un giro en la obra de Montaña y de su madurez como escritor. En un comentario breve que escribí sobre el libro, señalé el aporte que hacía la obra:

Esta novela se inscribe en una línea realista-social, con descripciones durísimas de la vida de los niños en los barrios pobres del sur de Bogotá. Cinco niños –dos niñas, tres varones–, abandonados por los padres, intentan sobrevivir en un ambiente de hambre y pobreza extrema. Los personajes son dramáticamente retratados y en los sufrimientos que viven, parecen salidos de películas como *Los olvidados* de Luis Buñuel o *La vendedora de rosas* de Víctor Gaviria, o de novelas crudas como *El día del odio* de Osorio Lizarazo. Todo el tiempo viven situaciones retadoras para niños de su edad, y a la pobreza se suma el agobio moral y la impotencia de actuar frente a una realidad que los desborda<sup>4</sup>.



3. Este es un prestigioso listado de libros infantiles y juveniles recomendados de todo el mundo que publica anualmente la Internationale Jugendbibliothek de Múnich.  
4. Sánchez Lozano, op. cit., pág. 149.

*La muda* puede ser considerada un capítulo extra, una extensión, de *No comas renacuajos*. No obstante, hay que resaltar que, en este caso, la realidad retratada es todavía más brutal y evidencia la absoluta injusticia que cometen los adultos con los dos niños protagonistas. La atmósfera es claustrofóbica y las ilustraciones de Daniel Rabanal, que en verdad son viñetas de novela gráfica, le dan al libro un tono sombrío que anticipa los difíciles momentos que pasará el lector para manejar las tensiones emocionales que expone la obra.

La niña y el niño protagonistas (ella tiene nueve años y el niño seis) no estudian. La niña, forzada por la abuela, lava ropas en casas ajenas. Se infiere que son hijos de campesinos que han resultado desplazados víctimas de la violencia rural que alcanzó su cima durante los dos gobiernos uribistas. La madre de los niños es prostituta y del padre inexistente no se habla. Los niños, en alguna salida a las montañas, hallan un carro desguazado en el que inventan un columpio y allí aparece una gallina que será el nuevo objeto de interés. La llaman “la muda” porque el animal vive hambriento y no pía. Este escape emocional a la situación de violencia que viven a diario, alimenta las fantasías de fuga de los dos niños. Pero pronto esta pequeña felicidad será aplastada de un modo feroz. El lector, en forma irremediable, levantará los ojos al cielo, acompañando el conjuro que la niña recita para huir de tanta realidad dolorosa.

Algunas escenas de la novela son tan conmovedoras que plantean la pregunta de si no son excesivas o mórbidas. A medida que se lee, cada página golpea más. El único momento de alguna humanidad es cuando una vecina le ofrece a la niña ¡un vaso de agua! Esto plantea un reto a los mediadores de lectura que no es fácil: ¿es esta una novela para ser leída por niños o jóvenes? Aquí se juegan todos los imaginarios críticos sobre los lectores que con razón cuestionó Graciela Montes<sup>5</sup>. La idea de niños lectores inocentes que buscan solo placer en

5. Graciela Montes, *El corral de la infancia*, 2.<sup>a</sup> ed., México, Fondo de Cultura Económica, 2001, pág. 21.

los libros, se rompe aquí de manera demoledora.

Mi impresión es que la novela exhibe un lenguaje exigente y un alto caudal poético que exige un lector atento, que domine implícitos, y sea diestro en no perder el hilo temático de cada escena. El relato es conducido por una cámara en mano en la que cada plano es detallado de manera cuidadosa. Como lo señala Beatriz Helena Robledo a propósito de *No comas renacuajos*: “las descripciones resultan muy visuales, precisas, sin desperdicios de recursos”<sup>6</sup>.



Con *La muda* se llega a un punto de inflexión en la literatura infantil y juvenil colombiana, en la que cada vez se tocan temas más complejos de manera desafiante y realista. Los efectos de la guerra que vive el país ya no se pueden ocultar. *Paso a paso* de Irene Vasco, *Los agujeros negros* de Yolanda Reyes, *El árbol triste* de Triunfo Arciniegas, *Camino a casa* de Jairo Buitrago, con ilustraciones de Rafael Yockteng, *El mordisco de la medianoche* de Francisco Leal Quevedo, dan muestra de esos logros. Estas obras narrativas proponen, tanto a los mediadores como a los lectores directos, nuevos retos y una nueva forma de lectura de los textos literarios: tolerante, reflexiva, crítica. Así mismo, estos libros, estéticamente, hacen un llamado drástico: no podemos, como sociedad racional, –según solemos llamarla–, seguir violando los derechos

6. Beatriz Helena Robledo, *Gran diccionario de autores latinoamericanos de literatura infantil y juvenil*, Madrid, Fundación SM, 2010, pág. 602.

de los niños. No hay derecho a tanta injusticia cometida contra el futuro y lo más humano de lo que pretendemos ser.



*A la una la laguna*, de Jairo Ojeda (Mercaderes, Cauca, 1948), en cambio, es un canto a la reconciliación con lo más lindo del país, de sus gentes y paisajes. Son catorce poemas escritos para los niños, acompañados por las ilustraciones de Cynthia Bustillos. La antología recoge trabajos posteriores a *Todos podemos cantar: cuentos y canciones*, su libro y álbum musical de mediados de los años ochenta del siglo pasado, que incluye canciones ya clásicas, oídas y recitadas por los niños en las escuelas y en los jardines infantiles como “Chontaduro maduro vende el negrito Arturo”, “La sombra”, “El ciempiés que no sabía contar”.

Ojeda, en *A la una la laguna*, ha depurado su talento de cantor popular y se evidencia que ha trabajado como orfebre cada verso. Los poemas tienen una autonomía verbal manifiesta y demuestran menos dependencia del acompañamiento musical. Logra, entonces, una meta que se había impuesto:

Acaricio las palabras y las “trasteo” de un lugar a otro para que sueñen y recojan la acentuación rítmica y melódica que ellas mismas me sugieren. Mi reto es lograr que resulten un todo armónico<sup>7</sup>.

7. Jairo Ojeda, “Respuesta a la pregunta ‘¿Cómo se aproxima a la palabra cuando compone?’”, en *Música y literatura infantil colombiana*, Cuadernos de literatura infantil colombiana, Serie temas, núm. 1, Bogotá, Biblioteca Nacional de Colombia, 2008, pág. 40.

Ese perfeccionamiento consciente le permite arriesgarse a innovar con nuevas formas líricas: coplas (“El caballito llanero”), cuentos versificados (“Ramona”), baladas (“¿Quién traerá el aroma?”), letrillas (“Ojito de agua se secó”), trabalenguas (“La cocodrífica”), retahílas (“¿Qué gato tan alto!”). Además se consolida en lo que es fuerte —las canciones—, cuya mejor muestra es “Hola chiripitola”, un poema ya musicalizado de gran reconocimiento.

Todos los poemas, temáticamente, están marcados por la esperanza, el humor, el juego verbal y, a su vez, por llamar la atención de los niños hacia nuestra riqueza natural y crear una actitud de conciencia por el valor del agua, los árboles, los animales nativos.

En los poemas de *A la una la laguna* el autor se permite la ironía (como en “Ramona”, la vaca inteligente que todos creen tonta), la dulzura en el símil (en “Mamá torcaza”, un ave recursiva hace su nido contra viento y marea), el humor explícito (en “La cocodrífica”, que ingenuamente se pregunta por qué no la quieren los otros animales) e incluso la denuncia contra la explotación minera (“Ojito de agua se secó”).

Algunos versos invitan a cantarlos inmediatamente, como el estribillo del joropo “Caballito llanero”:

Corre por aquí,  
corre por allá.  
Que no te vaya a alcanzar  
ese toro bravo.  
[pág. 24]

La poesía infantil colombiana, sin duda alguna, se enriquece con *A la una la laguna*<sup>8</sup>. Esta antología se suma a los clásicos *Cuentos pintados para niños* de Pombo, *A la sombra del alero* de Víctor Eduardo Caro, *La alegría de querer* de Jairo Aníbal Niño, *Conjurios y sortilegios* de Irene Vasco y *Palabras que me gustan* de Clarisa Ruiz.

Igualmente, el libro es una invitación a revalorar la importancia de los

8. Quisiera llamar la atención sobre un aspecto editorial. Al libro le faltó un prólogo o un epílogo en que Ojeda o la editora presentaran la antología, la época en que fueron escritos los poemas y, no sobra, las razones que los suscitaron, al igual que precisar que varios tienen acompañamiento musical.

cancioneros y la música para los niños, que en Colombia ha tenido defensores y divulgadores como Pilar Posada, Olga Lucía Jiménez, Tita Maya, Jorge Velosa, María del Sol Peralta, entre otros<sup>9</sup>.

Con gran razón el psicólogo colombiano, residenciado en Francia, Evelio Cabrejo Parra ha señalado la importancia del lenguaje lírico en la formación lingüística de los niños:

Los cantos de cuna, las nanas, los arrullos son propiedades de toda lengua. Una lengua sin nanas ni cantos de cuna no sería una lengua. Estos pequeños cantos, arrullos y poemas son la primera literatura que todo ser humano encuentra en la cultura que lo trae al mundo. Este tipo de literatura constituye una experiencia humana que se transmite de generación en generación y que es absolutamente necesaria para alimentar y acompañar el desarrollo mental de los bebés en toda cultura<sup>10</sup>.



Estas palabras no deberían olvidársenos a los mediadores de lectura (padres, docentes, bibliotecarios, promotores) al momento de organizar programas para los niños en la primera infancia.

Carlos Sánchez Lozano

9. María del Sol Peralta hace una detallada bibliografía de este material en *Música y literatura infantil colombiana*, págs. 102-107.  
10. Evelio Cabrejo Parra, “Música de la lengua, literatura y organización síquica del bebé”, en *Música y literatura...*, pág. 6.